

Sacerdocio y Eucaristía.

Aproximación desde la Teología del cuerpo, de Juan Pablo II

Carmen Álvarez Alonso

Tabor 11 (2010) 103-118

Al poco tiempo de iniciar su pontificado, Juan Pablo II convocó, para el otoño del año 1980, en Roma, un Sínodo de obispos sobre el tema “La misión de la familia cristiana en la Iglesia y en el mundo contemporáneo”. Con tal ocasión, el Papa comenzó, el 5 de septiembre de 1979, varios ciclos de catequesis, durante las audiencias generales de los miércoles¹, que duraron hasta noviembre de 1984, y que hubieron de ser interrumpidas por aquel famoso atentado de mayo de 1981. El Papa se propuso así acompañar “de lejos” los trabajos del Sínodo, reflexionando sobre el matrimonio cristiano, el amor humano y la familia a partir de la Teología del cuerpo, es decir, de lo que constituyó –entonces y todavía hoy– una de las aportaciones magisteriales más originales y novedosas de su pontificado. Precisamente en el primero de estos seis ciclos de catequesis, Juan Pablo II aborda con grandiosa maestría algunos aspectos de la definición del hombre, partiendo precisamente de lo que el Génesis nos revela sobre el significado teológico del cuerpo humano y la sexualidad, es decir, de la masculinidad y feminidad.

La originalidad y riqueza teológica que contienen estas Catequesis es tal que pretendo abordar aquí el tema que nos ocupa, *Sacerdocio y Eucaristía*, desde la bellísima perspectiva antropológica que abre Juan Pablo II. Sin duda que muchas de las reflexiones que aporta el Génesis sobre la creación de aquel primer ser humano, varón y mujer, masculino y femenino, pueden y deben ser aplicadas, primeramente a María, nueva Eva, y a José, nuevo Adán; pero, también a la Iglesia y a Cristo, en quien tanto el Nuevo Testamento como ya la primerísima tradición cristiana vieron realizada la plenitud de aquel primigenio misterio esponsal que quedó esbozado en la creación de la primera Eva y del primer Adán. En la revelación del *Principio*, es decir, en la creación del ser humano masculino y femenino, comienza ya a perfilarse esa “dinámica del don esponsal” que encontrará en el misterio del sacerdocio una de sus expresiones más bellas, y en la Eucaristía su forma celebrativa más plena. Esponsalidad, sacerdocio y Eucaristía están, por tanto, naturalmente unidos al significado teológico del cuerpo humano y, más en concreto, al significado teológico de la masculinidad.

¹ En español, la edición más completa y cuidada, en notas e introducciones, es: JUAN PABLO II, *Hombre y mujer los creó* (Cristiandad, Madrid 2000).

1. Potencial simbólico de la pareja primordial

Al origen del plan de salvación concebido por Dios está la pareja arquetípica que forman Cristo y la Iglesia, los esposos del Apocalipsis². Con este misterio nupcial “a la vista”, creó Dios al ser humano como varón y mujer, para que, a través del mutuo don, en su masculinidad y feminidad, representaran en el “sacramento de su cuerpo” esa pareja fundamental y arquetípica del Apocalipsis. Aquella diferencia y complementariedad entre lo masculino y lo femenino, que comenzaba a apuntar en la revelación del *Principio*, en la carne de aquel primer hombre creado en gracia, anunciaba ya esa otra complementariedad y diferencia que había de darse entre lo masculino de Cristo y lo femenino de la Iglesia. Diferencia y complementariedad que, primero en José y María, después en Cristo y la Iglesia, no aparecen ya vinculadas a lo biológico y a la procreación, como en el caso de Adán y Eva, aunque sí a la realidad de un cuerpo y al valor de la masculinidad y feminidad. Adán y Eva representan en su origen a la humanidad, pero su potencial simbólico revivirá en el Cantar o en la relación Yahvé-Jerusalén que cantan los profetas, y se proyectará hacia la sponsalidad de José y María, hacia el misterio que describe san Pablo en Efesios 5 y, sobre todo, hacia los esposos del Apocalipsis.

Es más, la misma acción creadora de Dios anuncia en esbozo aquella nupcialidad arquetípica de Cristo y la Iglesia que da forma al plan de Dios. El escritor ruso Vladimir Soloviev se atreverá a afirmar que la creación material no es Dios sino lo que está ante Él, como la esposa ante el esposo en la intimidad esponsal del matrimonio; está “frente a Dios” como una realidad “femenina”, es decir, como una nada y vacío eternos, como una pura potencia, que se entrega a su Creador acogiendo en sí la plenitud del don amoroso de Dios. Dios, como el esposo, conoce íntimamente su obra, la ama y la crea como fruto de su don amoroso y creador; la creación existe ante Él como ese “otro”, como la esposa, que sólo encontrará su plenitud y significado en la íntima y amorosa unidad con su Creador³.

En realidad, en virtud de la semejanza de lo humano con Dios, y dentro de los límites propios de la analogía, podemos hablar de Dios sirviéndonos de lo que, en el amor humano, es masculino y femenino. De ahí que el dinamismo de la revelación y hasta el cumplimiento mismo del plan salvífico de Dios no hubieran podido desenvolverse de otro modo sino a través de la totalidad de lo humano, de lo masculino y de lo femenino. Y había de respetarse Dios a sí mismo no sólo en el hecho de haber dado a ese amor humano una forma masculina y femenina sino también en el hecho de haberle dado un lenguaje propio vinculado precisamente al cuerpo

² Datos muy interesantes y abundantes sobre esta pareja arquetípica en su desarrollo bíblico en: L.A. SCHÖKEL, *Símbolos matrimoniales en la Biblia* (Estella 1977); I. DE LA POTTERIE, *María en el misterio de la Alianza* (BAC, Madrid 2005).

³ V. SOLOVIEV, *El significado del amor* (Monte Carmelo, Burgos 2009) 100-103.

y a su carácter sexuado. Dios no es, ni puede ser, femenino ni masculino; pero su misterio nos ha sido revelado precisamente en ese lenguaje de donación propio de la sexualidad humana, haciendo así de la masculinidad y feminidad un cauce expresivo y, a la vez, hermenéutico, de la entera historia de salvación.

2. Sacerdocio y Eucaristía: presupuestos antropológicos en el Génesis

Según Génesis 1, la gradualidad con que se suceden los siete días de la creación expresan una jerarquía entre las criaturas que se ordena a la obra cumbre de la creación del ser humano como varón y como hembra. Por su parte, Génesis 2 afirma que “Dios concluyó en séptimo día la obra que había hecho”, y que así “el cielo y la tierra fueron acabados”. Dios, en el séptimo día, “descansó”, santificó y bendijo ese día (cf. Gn 2,1-3). Los días de la creación están descritos según el esquema de la semana sacerdotal, que apunta y se finaliza al día del *Sabbat*, es decir, al culto y la adoración a Dios. El hombre, además, se inserta en el ritmo de esa semana como alguien creado de la tierra y sobre la tierra, al mismo tiempo que el resto del mundo visible, pero colocado como un ser único por encima del resto de la creación, al que, además, Dios ha constituido dueño y señor de todo.

Esta posición mediadora e intermedia entre Dios y el cosmos creado está, además, unida al hecho de que el hombre “es cuerpo” y al hecho de que ese cuerpo es sexuado, masculino y femenino. Por su cuerpo, el hombre participa de la materialidad propia de lo creado y, al mismo tiempo, en él participa de la vida de Dios como imagen y semejanza suya. Ese cuerpo humano, masculino y femenino, es –según Juan Pablo II– “sacramento primordial” del misterio de Dios⁴ y, a la vez, sacramento de toda la persona. Participa, por tanto, del significado litúrgico y mediador que define al hombre desde su creación, por lo que, gracias a su cuerpo, el hombre podrá ofrecer a Dios ese don recibido de Él que es él mismo y todo el mundo creado.

En esta –podríamos llamarla así– “sacerdotalidad creatural”⁵ encuentra su raíz y fundamento último la teología del sacerdocio bautismal y confirmatorio de todos los fieles a la

⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Audiencia general* (20-2-1980): “El hombre aparece en el mundo visible como la más alta expresión del don divino, porque lleva en sí la dimensión interior del don. Lleva en el mundo, además, su particular semejanza con Dios con la que trasciende y domina también su ‘visibilidad’ en el mundo, su corporeidad, su masculinidad o feminidad, su desnudez. Un reflejo de esta semejanza es también la conciencia primordial del significado esponsal del cuerpo, penetrada por el misterio de la inocencia originaria. De este modo, y en esta dimensión, se constituye un *sacramento primordial*, entendido como *signo que transmite eficazmente en el mundo visible el misterio invisible escondido en Dios desde la eternidad* (...) El sacramento, como signo visible, se constituye con el hombre, en cuanto ‘cuerpo’, mediante su ‘visible’ masculinidad y feminidad. El cuerpo, en efecto, y solamente él, es capaz de hacer visible lo que es invisible: lo espiritual y lo divino. Ha sido creado para transferir en la realidad visible del mundo el misterio escondido desde la eternidad en Dios, y ser así su signo”.

⁵ Si bien el sacerdocio católico no deriva inmediatamente del orden de la creación. Sobre esta cuestión cf. J. RATZINGER, “El sacerdocio del varón: ¿una ofensa a los derechos de la mujer?”, en: AA.VV., *El sacramento del orden y la mujer. De la “Inter insigniores” a la “Ordinatio sacerdotalis”* (Palabra, Madrid 1997) 167-169.

que se refiere LG 34. Además, en esa dimensión cultural y litúrgica que definen al primer ser humano creado, varón y mujer, encontramos ya el marco antropológico necesario para fundamentar el ser litúrgico y sacerdotal de Cristo y de toda la Iglesia. Por último, en ese valor sacramental del cuerpo humano, masculino y femenino, encontramos ya el presupuesto antropológico necesario para encuadrar el misterio del sacerdocio de Cristo y de la Iglesia. Este es el sacerdocio que se vive de manera específica, complementaria y recíproca, en la masculinidad y feminidad, o más concretamente, en la paternidad y maternidad propias tanto del matrimonio como de la vida consagrada.

Por otra parte, la Eucaristía estaba ya preparada y prefigurada en el Génesis. Todo ser humano, por el hecho de ser persona, lleva inscrita en su naturaleza la vocación fundamental al amor, porque tiene su origen precisamente en el amor creador que es Dios mismo, y tiende hacia la unión en el amor, es decir, hacia Dios. Por esta vocación fundamental al amor, el hombre se define como un ser comunal, que se realiza como ser humano precisamente en su “*ser para el otro*”. Esta *qualitas* comunal forma parte de nuestro creatural humano: define en tal medida a la persona que es un dato irrenunciable de su misma estructura antropológica. Pues bien, esta cualidad comunal de lo humano tiene su expresión más primaria e inmediata precisamente en el cuerpo y, más concretamente, en la feminidad y masculinidad. Juan Pablo II llega a afirmar que la sexualidad humana tiene carácter sacramental, es decir, es signo visible y externo, el más humano y creatural, del ser comunal de Dios que, siendo en sí mismo misterio de comunión, diseña al hombre con esa misma capacidad de comunión. Si la masculinidad y feminidad, es decir, la sexualidad humana, es el signo permanente y originario de aquella primera donación creadora de Dios, entonces el cuerpo, que expresa la feminidad *para* la masculinidad, y, al contrario, la masculinidad *para* la feminidad, manifiesta una reciprocidad y una comunión de personas que es *sacramento* de Dios. Y la manifiesta a través del don como característica fundamental de la existencia personal. Así, el cuerpo sexuado es testimonio de la creación concebida como don fundamental. Por eso, en el misterio del *principio* Dios crea al hombre en una dualidad –varón y mujer– que existe *en y para* la unidad de los dos (cf. Gn 2,22ss.). En este “*ser para la comunión*” que define lo masculino y lo femenino del hombre, nos ofrece el Génesis el presupuesto antropológico fundamental para reflexionar sobre el misterio del sacerdocio como una forma de vivir la sexualidad, es decir, la propia cualidad comunal y realizar así la propia vocación fundamental al amor. La Eucaristía, sacramento de comunión, celebra y realiza ese “*ser para el amor y la comunión*” de todo ser humano, porque en ella confluyen dos formas de vivir la propia sexualidad a través de las dos formas de vivir el único misterio del sacerdocio. Por una parte, el sacerdocio mismo de Cristo, que se expresa sacramentalmente en la masculinidad del cuerpo del varón, ministro del

sacramento, y en la paternidad que le es propia; por otra parte, el sacerdocio de toda la Iglesia, tan inseparable del sacerdocio de Cristo como aquella “una sola carne” del Génesis, y que se expresa tan adecuadamente en la feminidad de la mujer y en su maternidad.

Asentados algunos presupuestos antropológicos fundamentales para nuestra reflexión, procedo, a continuación, a abordar el tema que nos ocupa, *Sacerdocio y Eucaristía*, desde la perspectiva que abre el misterio de la feminidad de la mujer, tal como se realiza plenamente en la maternidad virginal de María. Nos situamos así en los primordios de una incipiente Teología de lo femenino⁶ que, además de iluminar matices, quizá nuevos, para la teología del sacerdocio y la teología eucarística, puede apuntar pistas para una reflexión renovada sobre la cuestión del significado de la mujer y de lo femenino en el plan de Dios.

3. Sacerdocio y Eucaristía: aproximación desde la feminidad materna de María

La relación entre la sacerdotalidad de Cristo y la feminidad de María no es algo puramente devocional. Se trata, más bien, de una relación esencial, definitoria de ambos misterios, fundamentada en la especial y única participación que María tuvo en el sacerdocio de Cristo a través de su maternidad virginal.

En la encarnación, Cristo asume una naturaleza humana como condición y presupuesto indispensable para llegar a ser el único y sumo sacerdote de la humanidad. El texto de Hb 10, 5.7 vincula ya esa sacerdotalidad de Cristo a su cuerpo, formado de la carne y sangre de María por la acción del Espíritu: “Por eso al entrar en este mundo dice: sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad!”. Entrando en el mundo, Cristo da a su vida una orientación sacerdotal y eucarística que se concreta en la oblación de sí mismo *en y desde* su propio cuerpo. Una oblación de sí que, precisamente por estar vinculada a su cuerpo de varón, está íntimamente unida a María y realizada *en* ella, en su cuerpo de mujer. De hecho, en María advertimos la misma e idéntica disposición interior: “He aquí la esclava del Señor. Hágase *en mí* según tu palabra”, en donde la expresión *en mí* tiene un profundo significado femenino. María se ofrece a sí misma al Padre, expresando esa oblación a través de la ofrenda de su cuerpo femenino y materno, de su carne y de su sangre, para acoger *en ella*, como Madre, al Verbo. De esta forma, la Madre da a su ofrenda y a toda su vida la misma e idéntica

⁶ He reflexionado más exhaustivamente sobre este tema en: C. ÁLVAREZ ALONSO, *Teología del cuerpo y Eucaristía* (Publicaciones San Dámaso, Madrid 2010); *EAD.*, “Hacia una Teología de lo femenino. En torno a la Carta *Mulieris dignitatem*”, en: AA.VV., *En la escuela del Logos. A Pablo Domínguez in memoriam*, vol. II (Collectanea Matritensia 6; Publicaciones de la Facultad de Teología San Dámaso, Madrid 2010) 241-261.

orientación sacerdotal y eucarística que dio su Hijo⁷. Una orientación que, en ambos, gravita precisamente sobre un cuerpo, pero que tiene como eje de oro la total aceptación e identificación con la voluntad del Padre. La armonía y asociación entre la oblación sacerdotal y eucarística de Cristo y la ofrenda también sacerdotal y eucarística de María es tan perfecta que en esta maternidad virginal dio comienzo la íntima unión entre el sacerdocio de Cristo y la feminidad de María. Así de natural y de humano fue, en su forma, el comienzo de ese nuevo *principio* de la historia de salvación que había de ser la encarnación. En este nuevo *principio* se iniciaba la revelación plena de aquella complementariedad y mutua reciprocidad entre lo masculino y lo femenino que quedó ya anticipadamente apuntada en el varón y la mujer del Génesis.

La Eucaristía es el corazón de toda existencia sacerdotal; también de la existencia de María. La transubstanciación no es sólo ese prodigio inefable que tiene lugar sobre el altar, por la epiclesis del Espíritu Santo, sino que es, y debe ser, un ideal de vida, una vocación esencial a toda la vida cristiana y a todos los estados de vida. Estamos llamados a transformarnos en carne y sangre de Cristo, llamados a hacernos pan partido para alimentar de Dios a los demás. Pero, sin olvidar que es el Espíritu Santo el que nos va transformando y haciendo cuerpo y sangre de Cristo. Porque Él es la sacerdotalidad misma y a Él corresponde eucaristizar esa materialidad concreta de nuestra vida que cada día ponemos sobre el altar. El sacerdote puede decir “Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre” porque actúa *in persona Christi*; pero también porque él mismo se va haciendo cuerpo y sangre de Cristo, a medida que el Espíritu Santo va eucaristizando su vida, identificándola cada vez más con la sacerdotalidad de Cristo.

María en esto es también modelo. En su maternidad anticipó y realizó el Espíritu Santo el prodigio de la transubstanciación. Porque lo primero que toda madre da al hijo que lleva en su seno es su propia carne y su propia sangre. Ella, como mujer, entregó su carne y su sangre a la acción eucarística y sacerdotal del Espíritu Santo, Señor y dador de vida, para que las transformara en carne y sangre de Cristo. Y éste es el centro y núcleo de su maternidad, un centro que es eucarístico y sacerdotal, que marcó esencialmente toda su feminidad. María es “mujer eucarística” y sacerdotal, no sólo por esa oblación interior que la asociaba perfectamente a la oblación de su Hijo; María es mujer eucarística y sacerdotal primeramente por ser lo que es: mujer, es decir, en su propio cuerpo femenino, pero también por ser madre y por ser virgen. En virtud del sacramento del orden, los sacerdotes celebran litúrgicamente y

⁷ JUAN PABLO II, *Audiencia general* (30-6-1993): “María fue asociada de modo único al sacrificio sacerdotal de Cristo, compartiendo su voluntad de salvar el mundo mediante la cruz. Ella fue la primera persona y la que con más perfección participó espiritualmente en su oblación de sacerdote y hostia. Como tal, a los que participan, en el plano ministerial, del sacerdocio de su Hijo puede obtenerles y darles la gracia del impulso para responder cada vez mejor a las exigencias de la oblación espiritual que el sacerdocio implica”.

como ministerio específico la entrega esponsal del cuerpo y la sangre de Cristo para comunicar la vida divina al mundo. Algo que la mujer, en virtud de su feminidad y de la propia naturaleza, también realiza, en modo específico y peculiar, por el *ministerio* de su propio cuerpo y de su feminidad, más concretamente, en su maternidad.

Qué bello paralelismo entre el sacerdocio que se actualiza en la Eucaristía y el dinamismo propio de la maternidad –tanto física como espiritual–, por el hecho de gravitar ambos sobre el significado personal y sacramental de un cuerpo que se da y una sangre que se da para comunicar una vida nueva al mundo. Cuánta cercanía en el modo en que ambas realidades transmiten la vida. Pues bien, si el ejercicio del sacerdocio tiene su cumbre eucarística en las palabras: “Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre”, María es la única criatura humana, la única mujer que puede decir también de Cristo: “Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre”. Esas palabras, que son el gozo y el centro de la vida sacerdotal, María pudo decirlas cada vez que estrechaba y abrazaba a Cristo entre sus manos. Cada vez que el sacerdote toma en sus manos el cuerpo y la sangre de Cristo debe *hacerse madre*, es decir, actualizar y celebrar aquel misterio del Hijo abrazado y estrechado por las manos de su Madre. En la Eucaristía también se celebra y se hace memorial del *stabat* de la cruz, cuando, una vez más, María abrazó entre sus manos el cuerpo y la sangre de ese Hijo que acababan de bajar de la cruz. Un *stabat* que tiene, ciertamente, su propia dimensión eucarística, pues también en ese momento, como a lo largo de toda su vida, sólo María podía decir en toda su verdad, como dice hoy el sacerdote: “Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre”.

En la última cena se anticipó, de forma ritual, lo que iba a suceder de forma histórica y real horas después en el Calvario. En la feminidad de María se anticipó de forma natural, en su cuerpo y en su espíritu, todo lo que iba a suceder ritualmente en la última cena y de forma real en la cruz. En su cuerpo, porque entregó su carne y su sangre en su maternidad virginal; en su espíritu, porque, mediante el *fiat* de la encarnación, unido al “Aquí estoy” del Verbo encarnado, dio comienzo y anticipó ya esa identificación perfecta con la oblación interior de Cristo que había de culminar, para ambos, en la cruz. El mayor acto sacerdotal de Cristo, cumplido en la cruz, se realiza a través de la mayor donación de su cuerpo y de su sangre. Esta donación del cuerpo era signo externo de la oblación sacerdotal de toda su persona al Padre, algo que había anticipado ya ritualmente horas antes, en la última cena. Pues bien, el mandato dado a sus apóstoles en la última cena, ese “Haced esto en memoria mía”, se refiere ante todo a esa oblación al Padre por la salvación de muchos que, en Cristo, como en María, culminó en el momento de la cruz. El sentido del mandato era: “entregaos como yo me he entregado; sed memorial de mi entrega con vuestra propia vida”, algo que Cristo ya veía cumplido en la total correspondencia física y espiritual de María a su obra redentora. María fue la primera que, en el

momento de la encarnación y a través de la virginidad de toda su vida, dio su cuerpo y su sangre al Padre como signo externo de esa otra oblación interior, también eucarística y sacerdotal, iniciada en su maternidad divina. Se anticipó, con su vida y con su persona, al mandato de Cristo a sus apóstoles y, de este modo, su vida fue el primer memorial eucarístico celebrado en la liturgia de su propia existencia. Ella vivió, como ninguna otra mujer, el *ministerio de su feminidad* como acto de culto espiritual⁸, como ofrenda eucarística y sacerdotal al Padre, en perfecta unión con el sacerdocio redentor de su Hijo. Inauguraba así ese sacerdocio espiritual en el que había de ser modelo de toda la Iglesia, llamada, como la Mujer, a ser madre, esposa y virgen.

Por último, María, al pie de la cruz, es la Madre del Sacerdote. Su maternidad universal es, junto con la efusión también universal del Espíritu Santo, el primer don del sacerdocio de Cristo a su Iglesia. Pero, a la vez, María al pie de la cruz representa también el sacerdocio de toda la Iglesia, llamada a ser pueblo sacerdotal como lo fue Ella, es decir, desde su feminidad y a través de su maternidad virginal. En la sacerdotalidad de María, animada y sostenida por el Espíritu Santo desde el primer instante de la encarnación hasta la cruz, se “*completa*” de alguna manera el sacerdocio de Cristo. Era lo que “faltaba a la pasión de Cristo”: esa mutua reciprocidad y ordenación entre el sacerdocio de María y el sacerdocio de Cristo, entre la Eucaristía celebrada por Cristo en la cruz y la Eucaristía que María celebraba en la liturgia de su propia vida, entre el don del Esposo y el don de la Iglesia-Esposa, entre el sacerdocio bautismal y confirmatorio y el sacerdocio ministerial, entre la liturgia de la vida y la liturgia celebrada. La necesidad de armonizar lo masculino y lo femenino, tal como quedó ya apuntado en el Génesis, implica también la necesidad de armonizar el aspecto “petrino” y el aspecto “mariano” de la Iglesia, también para que el misterio del sacerdocio de Cristo se exprese y realice en la Iglesia con plenitud y totalidad.

En la generación temporal del Verbo y en el prodigio de la maternidad virginal de María se nos revela de forma nítida el misterio de la fecundidad de Dios. La fecundidad del Padre generando eternamente en el Espíritu Santo al Verbo sólo podía ser revelada a partir del misterio de esta “Mujer” y de su feminidad materna, en la que Dios pudo darse, como el Esposo, *desde sí mismo* y entrando *en Ella*, en la Esposa. María, precisamente por ser madre virginal y por haber sido fecundada sólo por el Espíritu Santo, es el signo humano más cercano

⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Audiencia general* (27-7-1994) n. 1: “*La mujer participa en el sacerdocio común de los fieles de muchas formas, pero especialmente con su maternidad: no sólo con la maternidad espiritual, sino también con la que muchas mujeres eligen como su función natural propia, con vistas a la concepción, la generación y la educación de sus hijos: dar al mundo un hombre. Es una tarea que, en el ámbito de la Iglesia, incluye una elevada vocación y se transforma en una misión, con la inserción de la mujer en el sacerdocio común de los fieles*”. Cf. también *Mulieris Dignitatem* 30: “Si el hombre es confiado de modo particular por Dios a la mujer, ¿no significa esto tal vez que *Cristo espera de ella la realización de aquel ‘sacerdocio real’* (cf. 1 P 2,9), que es la riqueza dada por él a los hombres?”.

a la fecundidad de Dios, también virginal y divina, en cuanto que no hay en ella intervención alguna de nada que sea humano o creatural. Esta “dualidad” y complementariedad que se da entre la generación eterna del Verbo y su nacimiento temporal de María, entre la fecundidad divina del Padre y la humana de María expresa una particular realización y plenitud de aquella otra dualidad y complementariedad originarias entre lo masculino y lo femenino, que constituye el modo de ser humano y que Dios quiso en el *Principio* del Génesis. Una dualidad que, en la concepción virginal del Verbo, no se agota en lo puramente biológico ni aparece exclusivamente vinculada al modo humano de generar, pero que necesita de un cuerpo sexuado para expresarse sacramentalmente.

4. Sacerdocio y Eucaristía: aproximación desde la fecundidad espiritual de la Iglesia

Fecundidad humana y fecundidad divina quedan íntimamente unidas y celebradas en la Eucaristía, precisamente porque también en este sacramento se celebra todo el misterio del ser humano, de su masculinidad y feminidad. En el sacramento de la Eucaristía el don de una vida humana, la vida misma de Dios, queda asociado a una fecundidad espiritual, de orden salvífico, que procede sólo del Espíritu Santo y que queda sacramentalmente representada en la masculinidad del sacerdote y en la feminidad de toda la Iglesia allí presente. En la Eucaristía se unen el don redentor del Esposo, actuando *in persona Christi* por el ministro, y el don virginal de su Esposa la Iglesia, en orden a una fecundidad espiritual que comunica la vida misma de Dios a todos los hombres. La Eucaristía, por tanto, realiza en plenitud el misterio de la fecundidad de Dios, tal como se nos reveló ya en esbozo en aquel ser humano, varón y hembra, que Dios creó en el *Principio*. De la misma manera que la dualidad entre lo masculino y lo femenino modula internamente el discurrir de la revelación y toda la historia de la salvación, así también esa misma dualidad complementaria, o unidad dual, estructura la Eucaristía en orden a una fecundidad espiritual y divina de orden salvífico. Una fecundidad que descifra plenamente el significado de aquella otra promesa de fecundidad veladamente anunciada en Gn 3,15: “Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo”. Así pues, era importante que desde aquel *Principio* del Génesis la línea cristológica y la línea mariana y eclesial aparecieran armónica e inseparablemente entrelazadas⁹.

Y no deja de ser bellamente asombroso que, para prolongarse y hacerse presente Cristo en todos los rincones del tiempo y del espacio de la historia, elija precisamente un cuerpo que se da y una sangre que se da para comunicar una vida nueva, su misma vida divina, al mundo. Porque, ¿qué es la misma maternidad de la mujer, en su dinamismo más esencial, sino un

⁹ Cf. J. RATZINGER, “La línea femenina en la Biblia”, en: J. RATZINGER-H.U. VON BALTHASAR, *María, Iglesia naciente* (Encuentro, Madrid 2006) 30-33.

cuerpo y una sangre que se dan para comunicar y dar a luz una nueva vida al mundo? Es estremecedor pensar que, en su estructura litúrgica más íntima y elemental, la Eucaristía lleva en sí ese mismo dinamismo de la maternidad femenina. Y que, como en el caso de María, se refleja también litúrgicamente el mismo dinamismo de su maternidad virginal. Porque, como en los demás sacramentos, también en la Eucaristía la vida divina viene comunicada sólo por obra de Dios, a través de la mediación humana de la Iglesia. Por eso, qué acertada expresión la de Juan Pablo II que llama a María “Mujer eucarística”; porque en la mujer también lo biológico tiene profundas resonancias eucarísticas.

Y, una vez más, también en la Eucaristía, como en el Génesis, el misterio de la feminidad ilumina el significado sacramental de la masculinidad del varón, presente en el sacerdote que celebra *in persona Christi*. Un sacramento que discurre en lo más íntimo de su estructura litúrgica como discurre, en el orden natural, el dinamismo de la maternidad femenina necesitaba de la masculinidad del varón y del valor sacramental de su cuerpo para ser así sacramento en el que se hace memorial del misterio del ser humano, de lo humano en su totalidad, tal como se nos fue revelado en el Génesis Y dado que el cuerpo sexuado tiene valor de signo, tanto la masculinidad como la feminidad tienen un valor sacramental exclusivo y específico por el que no significa lo mismo decir “Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre” en boca de un varón o en boca de una mujer. Esas palabras exigen la sacramentalidad específica de la masculinidad del varón y de su concreto cuerpo sexuado, sin que esta exigencia signifique discriminación del valor sacramental de la feminidad de la mujer. Por eso, no es irrelevante que el Verbo de Dios se haya encarnado en un cuerpo de varón, porque también en Cristo su cuerpo masculino es sacramental. Ese cuerpo masculino es la expresión más humana de un Dios que quiere hacerse “carne de mi carne y hueso de mis huesos”. Es también el lenguaje más humano que Dios utiliza para decir y expresar su donación plena y total a la Iglesia, su Esposa.

Tanto la feminidad como la masculinidad conllevan una sacramentalidad propia y son una modalidad concreta y específica de realizar la propia sponsalidad, esa vocación humana universal a ser don para el otro/Otro en el matrimonio y en la consagración. Y porque el cuerpo humano tiene carácter sponsal, es decir, es capaz de expresar el amor y la donación de toda la persona, precisamente por su masculinidad y feminidad, ambas dimensiones participan del mismo carácter sacramental del cuerpo, precisamente porque en él se expresan de forma inmediata. Varón y mujer se dan saliendo de sí mismos y acogiendo el don del otro, pero cada uno de una forma peculiar y propia: el varón se entrega *saliendo de sí mismo hacia la mujer* para quedarse *en* ella; la mujer se entrega pero sin salir de ella, *acogiendo en ella el don del varón*. Y este modo diverso de darse, *desde sí mismo y en sí mismo*, define la masculinidad y la feminidad en el acto de entrega personal de ambos para transmitir la vida. Y así se entregó

Dios, como el Esposo, primeramente en la creación y después en la encarnación: *saliendo de sí mismo* para unirse y *quedarse en la carne* humana creada, como en su misma esposa. Y así se entregó Cristo, como el Esposo: primeramente en la encarnación, *saliendo de sí mismo* para quedarse en nuestra naturaleza humana y desposarla en lo eterno; después en la cruz, entregándose *desde sí mismo* hacia la Iglesia y quedándose *en ella* como en su esposa. De esta forma, mientras el cuerpo de Cristo expresa, en el lenguaje del amor humano, la donación de Dios en orden a comunicar la vida divina al hombre, su masculinidad especifica la modalidad propia de esa donación, vivida en la condición propia del varón, es decir, como esposo. María, como toda mujer, como la Iglesia, se da a este esposo acogiendo *en ella* su propio don. Su feminidad marcó igualmente su modalidad de entrega sacerdotal y eucarística a Dios en orden a la fecundidad de la vida divina, completando así, de manera casi coesencial, esa valencia esponsal y personal que reviste en sus formas el plan salvífico de Dios.

Y porque la relación esponsal es, en el orden humano, la forma más plena de darse y de vivir en comunión con el otro/Otro, el Verbo hubo de entregarse, a sí mismo y desde sí mismo, como Esposo, expresando a través de su masculinidad el grado íntimo de comunión al que llamaba a su criatura. Y para significar, también en el orden de lo humano, que su donación no era algo meramente humano, ese cuerpo masculino fue, además, virginal¹⁰. Porque debía ser virginal en la carne Aquel que quería expresar en lo humano no tanto su propia donación, como hombre y como varón, sino la eterna donación de Dios Padre, y revelar así cómo es la paternidad del Padre y la fecundidad del Espíritu. La masculinidad de Cristo hunde así sus raíces y su significado más pleno en el misterio del eterno engendrar del Padre. Y tampoco este hecho es irrelevante, ya que la virginidad del Verbo encarnado debía expresar, utilizando también el lenguaje del cuerpo, su origen divino en la paternidad de Dios.

También la maternidad virginal de María, incluso en su dimensión biológica, se puede decir que es expresión, en cierto modo sacramental, del generar eterno del Padre. Su fecundidad, no por ser virginal ni porque proceda del Espíritu Santo, deja de realizarse en y a través de un cuerpo femenino. Pero esa feminidad marca también la modalidad específica de su donación y correspondencia a Dios: en cuanto criatura humana que es, María responde a la donación esponsal de Dios desde su condición de mujer, es decir, como esposa, madre y virgen, acogiendo *en ella* el don de Dios que es el Verbo virginal. Y también su feminidad hunde sus raíces y su significado en el eterno engendrar del Padre, en quien también toda maternidad humana tiene su modelo y paradigma. En Cristo y en María, o en la Iglesia, se nos ha revelado de forma total y complementaria el misterio de la fecundidad de Dios: tan divina que procede

¹⁰ Puede verse un estudio teológico y sistemático sobre el misterio de la virginidad cristiana en: C. ÁLVAREZ ALONSO, *El Espíritu Santo y la virginidad. Líneas ambrosianas para una pneumatología de la virginidad* (Scire Selecta 2; Barcelona 2004).

del Espíritu Santo y, a la vez, tan humana que necesita de la mediación de un cuerpo virginal y esponsal, femenino y masculino, para realizarse de forma concreta. Una fecundidad que, sin anular lo más específico de la masculinidad y feminidad, no aparece necesariamente vinculada al orden de lo biológico y al ejercicio de la genitalidad, ni se agota solamente en la transmisión de la vida humana, pues se expresa, también humanamente, a través de la virginidad.

Así pues, lo que Dios quiso unir naturalmente en el *Principio* –el varón y la mujer–, quedó también definitivamente unido de forma sacramental, como dinamismo interno de la Eucaristía. Por eso, en este sacramento se celebra todo el misterio del hombre, varón y mujer, su masculinidad y feminidad. Un misterio que llega a su radiante plenitud precisamente en la mutua entrega esponsal entre Cristo y la Iglesia que celebramos eucarísticamente. Una realidad nupcial que sólo podía celebrarse sacramentalmente revistiendo de valor de signo y sacramento a la masculinidad del varón y a la feminidad de la mujer, tal como hizo Dios desde el *Principio* del Génesis. Así pues, mucho de femenino hubo también en la institución de la Eucaristía, sacramento que Juan Pablo II gustaba de llamar “sacramento de los esposos”.

5. Conclusión

Al *Principio* sólo fue la voz del Esposo, creando y dando el ser a la esposa. Al *Principio* sólo se oyó la voz del esposo Adán asombrado ante la belleza de la esposa Eva. Al *Principio* sólo Dios, como ninfagogo de la creación y de la historia, condujo a Eva a la presencia del esposo Adán. Con esta figura, Dios conduciendo a la esposa Eva ante el esposo Adán, el Génesis describió ya figuradamente el misterio del sacerdocio. Y así, en el misterio del *Principio* que celebramos en cada Eucaristía es, de nuevo, el Esposo, el definitivo Adán, Cristo en la persona del ministro, quien como ninfagogo de la Iglesia, la nueva y verdadera Eva, conduce a esta Esposa ante el Padre.

La historia de la salvación comenzó en una pareja primordial y el dinamismo del Apocalipsis se orienta hacia la culminación de esa pareja en las bodas entre el Cordero y la Esposa. Y, al final, como al *Principio*, sólo se oirá la voz del Esposo, que clama en el Espíritu: ¡Ven, Esposa!